



Clarín

DIARIO DE LA MAÑANA

PIEDRAS 1743

Tel. 27-0061/79

BUENOS AIRES

SR.

DANIEL MOYANO

RONDA DE SEGOVIA-2-

MADRID-5-

ESPAÑA



EL DIARIO PARA TODA LA FAMILIA

PUBLICIDAD Y CLASIFICADOS: CORRIENTES 526 - TEL. 49-6611/18



EN UN LUGAR DE LA RIOJA

Un Poeta Desconocido

Por DANIEL MOYANO

El lugar donde vive no figura en los mapas, pero es más o menos al sur de La Rioja, entre los límites con San Luis. Se llama Horacio Ortiz, tiene más de setenta años y explota un obraje heredado de sus padres.

Vive solo en una casa de adobe construida en 1860, una de las pocas que sobrevivieron al éxodo de población, a las guerras civiles y a la tala de bosques que sirvieron para alimentar a los primeros trenes. El lugar donde vive no tiene nombre porque no es un pueblo ni un caserío ni nada que se le parezca. Si alguna vez lo fue, apenas quedan vestigios y algunos ranchos reconstruidos donde vive la gente que le ayuda a cortar la leña del obraje.

No hay fotografías de él, así que hay que imaginárselo viejo y fornido, de aspecto leñoso, curtido por los soles, sabio y alegre.

Hace poco un antólogo se enteró de su existencia, pero no pudo conseguir sus poemas ni su presencia ni su fotografía. Para tratar de ubicarlo es necesario preguntar por él en la posta policial de Castro Barros, límites con Córdoba. Los policías que lo conocen responden siempre que salió para el norte y que a veces tarda muchos días en volver. Y desde la posta hasta su casa quedan todavía varios kilómetros de senderos. Cuando intenté verlo, el policía me dijo con lástima despreciativa:

—Usted comete el error de todos, que lo buscan cuando han pasado los calores fuertes. A don Horacio hay que buscarlo en la época de lluvia. Nunca tal-

ta acá cuando llueve. Ahora está para el norte. ¿Y con esa mula pensaba llegar?

Ortiz viaja a La Rioja un par de veces por año, para hablar con los abogados que procuran solucionarle un problema de campos comuneros, desde hace varios años. "Y cada vez tengo más papeles y menos posibilidades de que se arreglen las cosas. Pero aprovecho para ver con quién se puede hablar en serio y tomar buenos vinos en esta ciudad".

Cuando viene a La Rioja y se junta con sus pocos amigos, a falta de un buen filósofo, como sería su gusto, cuenta anécdotas de la región, de sus viajes a caballo hasta Córdoba, para votar, en sus tiempos de maestro primario en aquella provincia; y les regala huevos de cáscara muy dura debido a que sus gallinas en vez de agua toman leche de cabra, para equilibrar pobreza.

No es fácil hablar con él. Se apropia apasionadamente del objeto tratado, busca su esencia, lo ubica en un contexto muy grande que lo minimiza y le hace perder su interés histórico para tratarlo en su exacta relación con una totalidad que siempre está presente en su conversación, y en esa suma de coplas casi infinitas que constituyen su obra poética.

Desde esa perspectiva no parece tan exótica su costumbre de alimentar gallinas con leche de cabra. El establece allí un comensalismo biológico, congruente con los variados mundos de sus coplas. (Aunque él diría, con razón, que no se trata de co-

mensalismos sino de que la poca agua que guarda en el aljibe apenas alcanza para él).

La última vez que lo vi, hace un año, me dejó unos poemas y me preguntó cómo andaban las cosas por este mundo. Porque él no sabía nada, no leía diarios, porque estaba solo. Le dije que no sabía muy bien cómo andaba todo. Preguntó: hay guerras, ¿no? Y, sí, le contesté. Ya me parecía, dijo, y agregó: seguro que siguen peleando solamente por cosas materiales. Eso parece, dijo yo. Entonces va a ser mejor que me quede por acá, me dijo.

Aunque Horacio Ortiz ha trabajado todas las formas, la copla es la que se adapta más a sus percepciones breves de ciertos momentos de la realidad. Su actitud poética recuerda a la de Antonio Porchia, que también vivió anónimo muchos años. No le importa usar palabras gastadas, porque a todo lo ve nuevo otra vez. El suelo condiciona la forma, el contenido y el alcance de sus trabajos. La lectura de todas sus coplas, que suman centenares, permiten distinguir variaciones dentro de una aparente monotonía. Sus movimientos son cromáticos, y en ese cromatismo inserta su ritmo. Un ritmo que no surge del octosílabo sino de una postura interior, producto de la contemplación permanente de un paisaje siempre idéntico.

Nunca se preocupó por dar a conocer sus trabajos. La publicación de éstos es una infidencia. Que él sabrá perdonar, si se entera.

Vive solo, en una casa de adobe construida en 1860.

La Flauta Como un Cáliz

Por HORACIO ORTIZ

Dos ríos van al futuro
sobre la gramilla agreste.
Turbulento uno y oscuro,
el otro manso y celeste.

En la sonrisa alzo un trono,
o, más humilde, un pesebre;
y es hombre el antiguo mono
para que Dios se celebre.

Mi plataforma es lo bello,
otra atmósfera no inhalo.
Soy el hilo de un cabello
en flauta de miel de palo.

Al afán por aderezos
se le llama ilustración.
Yo pregunto por los besos
que reparte la Creación.

Bien se puede entre la seda
lucir en torre que vibre,
pero es basta una arboleda
para el hombre cuando es libre.

En la cuenta del fusil
cada cual es un obús.
Me desangro en el pensil
recitándole a la luz.

Soy un rey en lo que tengo,
lo que tengo es lo que encanta;
y a tu puerta, niño vengé,
con esta caña que canta.

En esta caña que canta
se hace un pájaro mi lodo
y en el aire se levanta
desde el cáliz que hay en todo.

La pulsación multiplica
según el grado de esencia.
Nada más es lo que explica
el compás de la cadencia.

Nadie es pobre por entero
cuando el amor fluye en halo.
Con esta flauta de palo
casi alimento mi cuero.

Infiere mi corto tino
entre pájaro y mañana
que el ser hace su destino
oyendo antigua campana.

En esto como en aquello
se concita algo de todo.
En el alma hay un destello
y otro destello en el fodo.

Yo reclino la cabeza
en mi flauta sin palabras
El alba me despereza
y bebo leche de cabra.

La leche es el vegetal
con que mi albergue circundo.
Contiene agua y mineral:
son tres órganos del mundo.

Yo no tengo más dolor
que lo que puede el rosal.
Sé que mi barro es calor
y soplo de lo vital.

Soy un péndulo y oscilo
en el centro de una llama.
No he de vivir si no envilo
con el volcán que me inflama.

A la gota de agua miro
y hay otras gotas más hondo.
En cada cosa respiro
el repertorio del fondo.

Formal pienso cada vez
que también yo soy la cosa.
Si me miro del revés
hay la estrella y hay la rosa.

Qué simple es este problema
si limpio bien el cristal.
No carga más el rosal
que lo que le da la yema.

starse a
omas de
en gana,
y fruc
o artista
la ma-
levan a
Gustavo
a los
de los
agua de
es cuen

UNA CASA de Patquia Viejo. No hay animales para el corre.

LA MUERTE DE FABULO

"Esa vaca era para mí, pero fíjese como se está muriendo", dijo una adolescente de Patquia Viejo señalando hacia una especie de animal disminuido cuyos ojos, como espejos, reflejaban los últimos intentos de la vida. Tanto la vaca como la muchacha recordaban el cuento de Rulfo, aquel donde la creciente se llevaba al animal que salvaría a la Tacha, de 12 años, de una miseria segura, mientras ésta "lloraba haciendo mover sus pequeños pechos como si desde ya comenzasen a trabajar para su destrucción". Pero en este caso la vaca no moría por la crecida sino de hambre, indiferente a la "sueda" que le habían puesto cerca de la boca, una planta dulce, parásita del algarrobo. Cuando le preguntamos a la muchacha por su padre, nos dijo: "No hay nadie en el pueblo, todos se han ido al velorio de don Fábulo Vega, que murió esta mañana de un de repente".

Realidad y ficción

Esto parece un cuento o una fabulación folclórica, por los nombres extraños y la situación rulfiana, pero lamento advertir al lector que se trata de una transcripción periodística de la realidad, si es que la realidad existe después de todo. Porque después de ver lo que vimos en Patquia Viejo, uno tiene el derecho de dudar sobre el límite que separa la realidad de la ficción, que en nuestros tiempos y por lo menos en estos lugares parecen haberse confundido.

Decimos esto porque pronto se filmará en Patquia Viejo una película titulada "La muerte de Sebastián Arache y su pobre entierro", que intenta explicar o mostrar una realidad social latinoamericana. Cuando le preguntamos a Nicolás Sarquis, su director (quien nos facilitó el acceso al libro cinematográfico), el porqué de la elección de ese lugar, nos dijo que "Patquia Viejo es un pueblo que desaparece, donde la gente se muere de estar sola". La escenografía natural es muy atractiva: una calle única, ranchos, una iglesia, un cementerio muy viejo, viento, soledad.

Para comprobar esta afirmación decidimos ir al lugar, buscando en verdad el otro lado de la ficción. Y descubrimos que el otro lado de la ficción era la ficción misma, porque esta realidad está compuesta de un anverso y un reverso exactamente iguales. Lo que cuenta la película está aquí corregido y aumentado por la realidad cotidiana.

El silencio compartido

¿Por qué Patquia Viejo? Porque hay dos Patquías, o "Patquias", como dicen los viejos de aquí apelando a la pronunciación indígena de la palabra. Patquia Viejo existió por razones naturales, aniquiladas luego por el aislamiento. Cuando los ingleses, que no buscaban a los hombres sino las riquezas minerales, trazaron el ferrocarril, las vías pasaron a 17 km. del lugar, dando lugar al Patquia actual, una especie de arroyo separado ficticiamente de la soledad por una estación ferroviaria y una parada de ómnibus, poca gente, mucho viento y cada vez menos gente, visitada periódicamente por gobernantes reales que prometen soluciones reales para un pueblo que es más bien una ficción escapada de los planes ingleses cuando trazaron el ferrocarril.

(Perdón: un paréntesis. A todo esto, la población de Patquia propiamente dicho ha resuelto enmudecer. Están cansados de pedir y reclamar cosas, entre ellas

agua, y subsisten por pura costumbre. Sus pobladores, en general, cuando se los interroga, responden como casi toda la gente de los Llanos: con el silencio. Dentro del paréntesis podríamos agregar que esta provincia se está pareciendo cada vez más a un silencio, que es la única respuesta congruente que puede ofrecer cuando ingenuamente preguntamos por sus problemas. Entonces la gente calla, sonríe, y ofrece en cambio compartir un vino o un silencio. Quizás esa respuesta sea la realidad que interpretan, que está en ellos mismos, que es ellos mismos y que no se puede encontrar con las metodologías.)

La muerte de don Fábulo

Cuando llegamos a Patquia, con dos integrantes del equipo técnico de la película y un baqueano, buscando los soles ardientes y el polvo que levanta el viento, había llovido. Pero demasiado tarde, porque las vacas de Dardo Aguilar (3 en total) estaban muriendo de hambre.

Uno de los problemas técnicos de la película era mostrar un pueblo vacío; pero no hizo falta nada: estaba vacío. La razón la dio doña Teresa de Aguilar, una especie de madre de la citada Tacha de Rulfo: "Esta mañana se murió Fábulo, así, que casi toda la gente está en la Represa de la Punta para ir al entierro". La realidad estaba preparada para la ficción, pero la superaba todavía: dos días antes, según la misma señora, había muerto una criatura de 27 días "porque vinieron a vacunarla pero parece que estaba débil y no aguantó la vacuna, y cuando llegó el médico de Patquia ya no había nada que hacer".

Como todo esto parecía demasiado para la ficción que buscábamos, hicimos entonces una especie de censo de la población de Patquia Viejo. Estos son sus habitantes teniendo en cuenta que, según una tumba que vimos y que en el film servirá de fondo para la muerte del personaje de ficción Sebastián Arache, data de la época de las guerras civiles: Dardo Aguilar, 47 años, 7 hijos, Ramón Paredes, 60, un hijo: Pelagio Verón, 35, 6 hijos; Guillermo Verón, 28, vive con la madre y 5 nietos de ésta cuyos padres innominados habitan puestos distantes, adonde fueron en busca de trabajo; doña Irene, edad indefinida, vive en un puesto cercano con uno de sus hijos; doña Negra, 6 hijos, madre de la criatura que no aguantó la vacuna. Total, unos 40 habitantes. Hay diez casas abandonadas. Se ignora el paradero de sus moradores. La muerte y el éxodo tienen acá la misma avidez.

El orgullo de Dardo Aguilar

Acá la gente que sobrevive se va y no regresa. Hay una iglesia que a la vez sirve de escuela, donde funcionaba un comedor que por falta de presupuesto ofrecía solamente mate cocido y a veces algún sándwich. La maestra nos explicó que este año se suspendió el comedor, "así que los chicos tienen que volver a comer a sus casas, muchos de ellos en burro porque viven en puestos que quedan a 10 km. de aquí". La alimentación de la zona se compone fundamentalmente de carne de cabrito. Todo lo demás se excluye no solamente porque no existe sino porque en muchos casos se desconoce.

Dardo Aguilar y Ramón Paredes son los vecinos más "padientes" del lugar. El primero (dueño de las vacas agonizantes) recibe periódicamente ayuda de

FÁBULO VEGA Y SU POBRE ENTIERRO

sus hijos que se fueron a Buenos Aires, hace muchos años, y ostenta bajo los techos vegetales pró vinchuca, probables causantes de la muerte de Fábulo Vega, una heladera a querosén que, junto a las figuras rutilantes de las tapas de revistas ilustradas que también recibe desde Buenos Aires, son casi su orgullo.

El hijo pródigo

Pero quizás el orgullo principal de Patquia Viejo sea uno de sus hijos, que se fue muy chico de allí y que volvió años después, adulto, con un extraño atuendo: lucía ropas rarísimas y traía unas cajas con utilería desde las que sacaba los objetos más inverosímiles. Era mago, y bajo el nombre supuesto de "Profesor Father" hizo aparecer, ante los ojos crédulos de los pobladores, palomas, conejos, canarios y alondras. Serruchó a una mujer cortándola en dos partes, y luego la restituyó viva, ofreciendo a la vez curas milagrosas para los males que se producen "de un día de repente". Se dice que actualmente es curandero e ilusionista en Mendoza. Volvió solo, mencionó al dedillo la historia del pueblo, pero sus antecesores ya no existían y parecía difícil sacarlos del fondo de la galera o del interior de las cajas. La ficción con la que está signado Patquia Viejo regresaba y, como la película, se parecía bastante a la realidad.

La duda shakespeariana

Creo que aquí cabría una acotación. Desde el marqués de Sade hasta F. Mauriac, pasando por Hen-

ry James, los conceptos de realidad y ficción han sido cuestionados. Desde esos puntos de vista, se podría decir que contar la pura realidad es hacer una simple ficción, y que contar la ficción, en cambio, significaría una verdadera aproximación a la realidad. En ese sentido, todo lo que hemos visto de ese pueblo sería una pura ficción, por ser real, y el film aludido significaría entonces una realidad, por ser justamente una ficción. Pero en el anverso y reverso de la medalla estos términos no cuenta. El problema parece difícil de explicar, y ya que hemos utilizado citas literarias dejemos esa duda para Hamlet.

Si tratamos de explicarnos por lo menos algo recapitulando lo visto, las cosas se complican todavía. Cuando llegamos, tratando de convertir el lugar en un pueblo vacío, el pueblo está realmente vacío por la muerte de don Fábulo. Solamente quedaban los niños, que no supieron decirnos nada y que en todo caso hablaron un lenguaje enigmático, porque ellos no comprenden esa realidad o ficción. Cuando empiecen a atisbarla se irán como tantos otros, dejando ese escenario único que comienza en una iglesia y termina en un cementerio. En el viejo cementerio, que contiene nombres y fechas ciertas, transcurre la escena final de la película. Las cifras de las fechas aportaban datos ciertos, ligados al tiempo. Pero, como decía doña Irene, "al viejo cementerio se lo llevó una creciente, con

muestras, con cruces y con todo: este es nuevo tendrá unos cien años apenas".

El sueño de la razón

La gente de Patquia Viejo asistirá, asombrada, a la creación en colores de una ficción ya superada por su propia realidad (o al revés, porque hemos perdido la noción de los términos), lo cual importa poco finalmente, por las razones que hemos visto. Quizá Patquia Viejo, como en el poema de Eliot, sirva "para llenar una escena o dos, para un personaje secundario, alguien que advertirá al príncipe, casi, al final, el payaso".

Lo cual tampoco importa mucho. Algún día volverá el mago y con unos cuantos pases mágicos hará resucitar las vacas y las criaturas, y quizás al propio Fábulo Vega, causante de la soledad del pueblo cuando llegamos. Y don Fábulo, gracias a la experiencia de la muerte, tal vez pueda poner en su justo lugar la realidad y la ficción, diciendo si verdaderamente conviene insistir, con los pocos pobladores que quedan, en la ilusión de la supervivencia, o si es más congruente considerar al pueblo tan solo un sueño de la razón proyectado en colores para darle al espectador una idea aproximada de la realidad.

Mientras tanto, podemos aferrarnos a la realidad de la vaca que se le muere a la Tacha. Pero nuestra Tacha no llora como la de Rulfo: sonríe, aunque no sepamos si su sonrisa surge de su propia dulzura incontaminable o de la galera del mago.

La intención inicial de esta nota era escribir sobre el deterioro cultural riojano, especialmente en lo que se refiere a pictografías, artesanías y otras expresiones culturales. El propósito, si el vehículo soportaba las huellas y guadales que sirven de caminos en la zona sur de la provincia, en los Llanos legendarios, era hablar con los plateros, los cantores de a caballo, las tejedoras; fotografiar petroglifos y, de vuelta hacia el oeste, observar las ruinas del Camino del Inca, el tesoro arqueológico de Talampaya, las pictografías de Anchumbil. Pero mientras armábamos la carga para pasar la noche, cerca de Ambil (pueblo natal del pintor Estanislao Guzmán Loza), una especie de

Los Llanos de FACUNDO y EL CHACHO:

Tierra de Nadi

antiguo montonero que surgió de la sombra y el frío reinante, a caballo, nos convenció de lo contrario: "acá lo que anda mal no son las cosas, sino la gente". Lo que advertimos entonces, mientras la noche no pasaba nunca y el frío del desierto mezclado al silencio nos daba la sensación de habitar un exilio, fue que esos niños y viejos y mujeres macilentos que se asomaban sin asombro a la puerta de los ranchos eran las pictografías deterioradas, los objetos artísticos vivientes que "andaban mal". Al amanecer, tanto el fotógrafo como yo nos habíamos puesto de acuerdo sin hablar. Iriamos al Sur.

A Través de los Llanos

El viaje desde donde estábamos hasta Villa Nidia, nuevo objetivo del viaje, se hace cruzando el centro mismo de los Llanos, escenarios de 40 años de guerras civiles y con signos bien evidentes de que sus pobladores, los montoneros, las perdieron; rancheríos en vez de aldeas; ancianos silenciosos en vez de hombres con voluntad de recuperación; y muy escasas muestras de lo que fueron los bosques de los Llanos, donde se desarrolló —y luego desapareció— la ganadería de la zona que se vendió en Chile. Los bosques fueron talados durante un siglo para alimentar a los trenes, cuyas consecuencias fueron, además del páramo ahora apenas protegido por las jarrillas, pueblos que cambiaron de lugar o desaparecieron, y obras, muchos obras donde los antiguos montoneros, convertidos fue-

go en haceros, fueron entregando los restos de sus fuerzas a cambio de la tuberculosis, según testimoniaba en 1907 el doctor Biallet Massé.

Pensando en términos actuales y más utilitarios, y un poco para olvidar la historia que el paisaje nos imponía como un despojo de ella, pensamos entonces que La Rioja, con toda la tradición montonera que tiene, podría explotarla inteligentemente. ¿Y si fundáramos un museo o varios museos montoneros? Tenemos (¿o teníamos?) la casa del Chacho en Guaja, Arajuazo en Malanzán, donde vivió Facundo, el algarrobo de Atiles, donde aborrecía tanta gente, la marita que el Chacho le regaló a la Virgen, una buena cantidad de cepos y armas de la época, la máquina con que acobáramos nuestra moneda, etcétera.

Cuando se Acaben los Bosques

Con estos pensamientos fantásticos llegamos a Chepes Viejo, restos de una antigua población ubicada a pocos kilómetros del Chepes actual. Es un caserío prácticamente sin habitantes, con una iglesia del siglo pasado, una casa en buenas condiciones, un algarrobo muy viejo y mucha agua que el municipio de Chepes propiamente tiene utilidad para construir un gran aldea de turismo con pro-

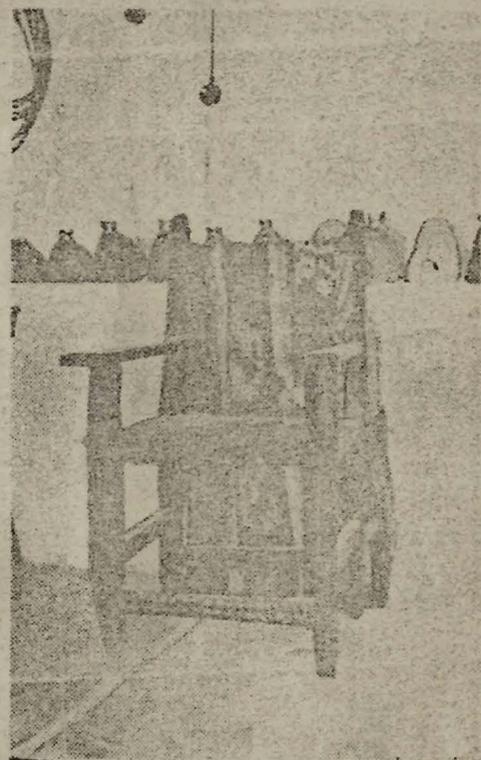
pósitos turísticos. Pero, según nos explicaron más tarde, "es más para la Zorra que va a Chepes Viejo, nada, fuera de los de acá, sabe que existe. Bajo el algarrobo viejo que ustedes dicen que destruyeron las caballdas del Chacho y Facundo cuando se enfrentaron así para decidir un combate

Dentro de la casa que está al lado de

"Cuando el Médico Llega, Generalmente el Enfermo Está Sepultado..."

**Algarrobo
donde descansaron
las caballadas montoneras,
y casa
donde se reunieron
Chacho y Facundo,
en Chepes Viejo**

Daniel Moyano —el autor de esta nota— nació en Buenos Aires en 1930, pero se siente, por propia decisión, riogano de toda la vida. Allí publicó dos libros de cuentos El Rescate (1963) y La Lombriz (1964) y allí reside actualmente, ya que es corresponsal de Clarín. Su primera novela, Una Luz muy Lejana, se publicó en 1966 y en 1967 su segunda novela, El Oscuro, gana el Premio de Novela Primera Piana Sudamericana. La hondura psicológica con que explora los problemas de la acuciente realidad cotidiana son rasgos característicos de su estilo.



**El sillón de
CHACHO PERALCZA,
en Chepes Viejo**

(Viene de la página ANTERIOR)

la iglesia tenemos el sillón del Chacho y muchos muebles de la época, además de un telegrama donde se reclamaba por el ferrocarril. Pero a la gente no le interesan estas cosas y acá en cambio hay mucha música de esa de ahora que hace ruido, televisión y compañías de radio-teatro que llegan de Mendoza y San Juan. No hay trabajo y falta agua. En Chepes Viejo hay agua, ¿no? Claro, ése era el lugar primero que tuvo el pueblo, pero después el ferrocarril le pasó lejos, o sea por acá, y unos se vinieron, otros se quedaron y, finalmente, se murieron los viejos que quedaron allá y ahora no hay nada". Las cosas no andan tampoco muy bien por Chepes, por falta de fuentes de trabajo, "y el día que se acaben los pocos montes que quedan van a desaparecer los obrajes y la cosa se va a poner fea para muchos de nosotros", según expresaba un nachero.

**Villa Nidia Está
Sola y Espera**

Amanecía cuando llegamos a Villa Nidia, que en ese momento...

El Sillón de Chacho Peraloza Está Sepultado...

El sillón de CHACHO PERALOZA, en Chepes Viejo

(Viene de la página ANTERIOR)

En la iglesia tenemos el sillón del Chacho y muchos muebles de la época, además de un telegrama donde se reclamaba por el ferrocarril. Pero a la gente no le interesan estas cosas y acá en cambio hay mucha música de esa de ahora que hace ruido, televisión y compañías de radio-teatro que llegan de Mendoza y San Juan. No hay trabajo y falta agua. En Chepes Viejo hay agua, ¿no? Claro, ése era el lugar primero que tuvo el pueblo, pero después el ferrocarril le pasó lejos, o sea por acá, y unos se vinieron, otros se quedaron y, finalmente, se murieron los viejos que quedaron allá y ahora no hay nada". Las cosas no andan tampoco muy bien por Chepes, por falta de fuentes de trabajo, "y el día que se acaben los pocos montes que quedan van a desaparecer los obreros y la cosa se va a poner fea para muchos de nosotros", según expresaba un hacero.

Villa Nidia Está Sola y Espera

Amanecía cuando llegamos a Villa Nidia, que en realidad no existe, no solo por lo que allí pasa y porque no figura en los mapas, sino porque parece la escenografía montada para filmar un cuento de Juan Rulfo. Villa Nidia es una calle, cerros dispersos, una iglesia, una escuela tambaleante y cuatro especies de oficinas públicas, construidas por los vecinos, tras de ellas vacías. Hay también un molino, pozos de balde, un mástil, algunas cabras y algunas vacas. Los corrales vacíos ilustran sobre lo que pasa allá con la sequía.

La historia de Villa Nidia, ubicada entre los pobladores de Nueva Esperanza y Corral de Isaac, cerca del límite con San Luis, es la historia de medio siglo de lucha de los pobladores para tratar de llamar la atención de las autoridades. El poblado comenzó a tomar importancia o a ser conocido en la Capital cuando Hector David Gatica, hace algo más de una década, comenzó a editar en mimeógrafo una revista literario-rural, que durante diez años hizo llegar empesinadamente a todos los rincones de la provincia, a muchos lugares del país y al exterior.

Además de publicar los poemas donde el propio Gatica trataba, mediante ese lenguaje, de hacer oír a su zona, realizaba colectas con las que se construyeron caminos vecinales y oficinas públicas, en razón de que el obrado riojano de entonces no se decidía a hacerlo. Fue entonces señor Enrique Angeliell quien la llevó finalmente, con una misa pronunciada por él mismo en el lugar, en 1929, poco después de haberse hecho cargo de la diócesis.

Fue difícil llegar a Villa Nidia, porque prácticamente no hay camino, salvo la huella hecha a pie y para por los vecinos. En consecuencia, no llegan ómnibus y carecen de todo medio de comunicación. Tampoco hay médico ni farmacia, ni escuela ni policía. Según cuentan los chicos de Gatica, uno de los pobladores más antiguos, cuando el médico llega el enfermo generalmente está sepultado. Dice que el pueblo, con alguna ayuda oficial, construyó los edificios públicos: una sala para política, otra para instalar una radio, otra que sirviera para la escuela y una oficina para Registro Civil. "El gobierno prometió equipar y habilitar todo eso, y arreglar los caminos y la escuela que se está cayendo, a principios de 1971; prometió hacer todo en 15 días, pero no pasó nada y la gente todavía está esperando por los obreros que comió el gobernador".

Un poco más, un poco menos, pero nos explican lo que pasa en Villa Nidia. Cuando tuvieron la oficina de Registro Civil, el comisario de policía...

¿SON LAS COSAS, O LA GENTE?

(VIENE DE LA PAGINA 2)

de presupuesto y agruparon 4 subcomisarias muy lejos de allí, en Baldecitos: las de Aguayo, San Solano, Villa Nidia y el propio Baldecitos, "dejando sin custodia policial a estos pueblos en 50 leguas a la redonda".

Con la pieza destinada a la radio pasó algo parecido: el equipo fue instalado, pero estuvo más de un año sin operar por no haber personal designado. "Durante un tiempo vimos las antenas, tan bonitas, pero un buen día llegaron de la ciudad y se llevaron todo para allá". Don Benancio Leyes, ganadero del lugar, dice que la gente confiaba, con la radio, comunicarse en forma urgente con los centros poblados, en casos de necesidad, especialmente de médicos. La radio ésa hubiera prestado un gran servicio al campo, no solo a la policía. Pero es el caso que también les han sacado la radio en Baldecitos, donde juntaron las 4 subcomisarias, y tenga en cuenta que allí pasa la ruta que va de La Rioja a San Luis, así que no sé qué harán esos cuatro subcomisarios solos, tan lejos de todo, sin poder comunicarse con nadie".

La oficina de correos también está vacía. Sucede que la correspondencia llega hasta la estafeta de Nueva Esperanza, a 15 kilómetros de Villa Nidia, los jueves y los sábados, procedente de Corral de Isaac, en moto o a caballo, según las circunstancias. Cuando se le pidió al distrito provincial de Correos que llevaran la correspondencia desde Nueva Esperanza, "exigieron que el pueblo pagara el traslado de la correspondencia hasta Villa Nidia y que los que trabajaran en la estafeta nuestra lo hicieran gratis", explica Héctor Gatica. Pero según Benancio Leyes, de 63 años, "el correo era más seguro cuando don Pancho Flores lo llevaba en burro o en ganado mular, porque ahora no sabemos si llega".

Morir en Villa Nidia

Los niños y los viejos (las poblaciones de los Llanos están constituidas principalmente por los polos de la existencia) son los que más sufren la falta de asistencia médica y la incomunicación. En cuanto a la gente adulta que decidió quedarse allí o que no pudo salir (hacheros, peones de obrajes, poceros), "mueren jóvenes, sin que nadie sepa de qué, de bien que están y de repente", según explica un peón de don Benancio. El techo de la casa donde estamos compartiendo una cena obviamente pobre, parece ser la explicación de esas muertes: es vegetal y está lleno de vinchucas. El mal de Chagas, pese a las fumigaciones periódicas que hacen las autoridades sanitarias, afecta, según estimaciones médicas, a un 40 o/o de la población de los Llanos. Y éstas son las verdaderas pictografías que hay que proteger.

El regreso fue de noche. Turnámonos con el fotógrafo para conducir en medio de terribles oscuridades y por caminos tan malos que la conversación hubiera sido algo buena para soportar la travesía; pero llegamos a La Rioja sin comentar nada sobre lo que habíamos visto. Las pocas veces que hablamos fue sobre un partido de fútbol o sobre la última jugada del FROSA. Y eso me dejó un poco de amargura.

Es la misma que siento ahora que he terminado de escribir esta nota, porque sé que por más notas que haga sobre ese pueblo o los centenares de pueblitos rioleros que se le parecen, Villa Nidia, según oigan las cosas en esta tierra, tendrá que esperar mucho tiempo todavía para tener las pocas cosas que necesita. Mientras tanto, mientras tanto, la ignorancia y la desgracia.

HECTOR DAVID

Desde su revista
se editaba en Villa
guio poético insu-
caron los diarios, te-
Pedro Berón, del pe-
Joaquín Meléndez
rece, sin embargo, a lo

Joaquín

Cayó el acero tré-
que abrió profundi-
y curó el paso abie-
la extraña vanda

Llevó las manos de
y se alejó arrastran-
doblado a ratos, en
que reventó la voz

Hoy no traía el sue-
solo una ausencia y
cayó en el alba con
su cuerpo largo, re-

Hubo un delirio en
en la raíz atada de
que le quemó la esti-
y le volteó los brazos

Pensó rajar su cor-
con un puntazo rojo
pero la noche, atáno
no lo dejó testigo es

La Tumba de

Lo esperarán de vie-
en las botellas língu-
Le cargara su cuerpo
le apostará su suer-

Vendrá a correr volu-
sin que le "hien" nadie
a cada cancha felta,
que se cayó del lomo

Trajo unos leños, por-
pidió una pala, en
y fue cavando, entró
donde la tosca es gol-

Vivió en los pozos, be-
buscando el agua de
y fue poniendo barro
en los costados lerdos

Le dio a la tierra ma-
y le arrancó palabras
para el oído seco de
gargantas que oyen e

Tantas sequías, cué-
a que bajara el balle-
para aumentar la sed
que en cada hueso de

El, y solo él, su tumba
con esa hondura pon-
Se fue enterrando
Le flovió tosca al nos-

La tierra había co-
y Pedro vio su llanto
bebió su boca amarga
y sintió el agua entera

Soló a cuadrar un sue-
y cuando estuvo dilu-
con una sola legua de
lazo del aire largo en

Crujió la muerte justo
los celadores dicen
y fue sentir un gol-
ó la profunda tumba

oca de FACUNDO QUIROGA

de los llanos rioleros



El autor de *El oscuro*. A la derecha, recibe el Premio de manos de Dalie Nogare; detrás, López Lluis.

ARTES Y ESPECTACULOS

Los trabajos y los días de Daniel Moyano

La semana pasada, cuando le tocó recibir el Premio de Novela Primera Plana-Sudamericana*, en el salón Primavera del Plaza Hotel, tenía ya los ojos arrasados de sueño, y la sonrisa se le dibujaba en el rostro, inmutable como un afiche: "No sé cuántos días hace que casi no duermo —murmuro—: desde que llegó el telegrama a La Rioja lo estamos celebrando".

En la tarde del día siguiente, Daniel Moyano —el destinatario de esas manifestaciones— aceptó la mesa de un bar, una ginebra doble y la intimidad, para confesarse: para rastrear, en todo caso, las memorias que lo llevaron a *El oscuro*, una novela que él no siente como una culminación, sino como el comienzo de la aventura. Los preparativos para esa aventura están, sin embargo, ocupados por cuatro libros y 57 años; algunas devociones los han enriquecido; unas pocas expectativas los mantienen alertas.

Vivir para contar

"Nací el 6 de octubre de 1930, en Buenos Aires, pero según mis documentos nací en Córdoba un año antes —los ojos se le achican en una sonrisa, y las manos procuran ayudar a la historia; en realidad, apenas si la acarician para que la confesión no sea tan explícita—. Mi madre era brasileña, de Minas Geraes, y muy religiosa; no quiso que mi padre me anotase en el Registro Civil, porque decía que yo 'ya estaba anotado en el cielo. Hasta los 17 años anduve así, sin registro en la Tierra." No sería ese el único contratiempo que le daría la infancia, pasada en Córdoba ("de tío en tío: aunque había algunos de fortuna, a mí siempre me tocaron los tíos pobres"), la provincia que terminó por adoptar: a los diez años se cambió de ese peregrinaje, y mandó una

carta por su cuenta a la Dirección de Menores, para que alguien se hiciese cargo definitivamente de su vida.

Lo sacaron de la casa del tío de turno ("medio enloquecido, sin duda, por el sufrimiento y las privaciones") y lo sumergieron en el reformatorio, con una nota de recomendación para que se le diese trato de huérfano y no de delincuente, "pero el director estaba de vacaciones y yo no supe a quién entregar la nota". Allí se estuvo, no sabe cuánto tiempo, hasta que los abuelos maternos lo rescataron, para perderlo cuatro años después: "Me fui de las sierras a la ciudad de Córdoba —recuerda— y desde entonces viví solo". Tenía 14 años, no conocía la escuela y no llevaba consigo ningún documento para explicar quién era.

Así transitó pensiones y oficios (constructor de obras sanitarias, instalador de supergás, obrero metalúrgico) y el tiempo y las fuerzas le alcanzaron para descubrir la música, una vocación que no lo abandonaría: desde 1961 forma parte del Cuarteto Estable de la provincia de La Rioja, un conjunto de cámara en el que fue designado por concurso. El ejercicio de la viola (su instrumento) no sólo es para él una fuente de alegría; también parece haberle ayudado en la composición literaria ("Rca Bastos me preguntó si yo era músico, sin saberlo, después de leer mis cosas"). Para 1958, Córdoba había terminado por asfixiarlo: llevaba una década escribiendo cuentos que siempre le parecían impublicables, y el año anterior había ganado un concurso organizado por Editorial Assandri, con su colección de relatos *Artistas de variedades* (publicado en 1960 con ese sello).

Un amigo riojano "me entusiasmó entre vino y vino, ofreciéndome la secretaría de prensa de la Gobernación de La Rioja: 'Es mucho puesto para mí —le dije—, conseguí uno de ordenanza', pero él insistió en que fuera no más de Secretario". Cuando llegó a La Rioja, el nombra-

miento no existía, y tuvo que conformarse con una curiosa designación como "agente de policía adscripto al consejo editorial del Estado", que le permitía sobrevivir moderadamente.

Pero en Córdoba había quedado Irma; su actual mujer (ahora se miran por sobre una taza de café, y ninguno de los dos se decide a contar la historia), habitante del pueblo de Morteros, un caserío de donde Moyano fue rechazado por el padre de ella "poco menos que a balazos". En convivencia con la Defensora de Menores, desde su exilio riojano, Moyano planeó y perpetró el rapto de Irma, "que me costó doce mil pesos de taxi, prestados por la defensora", y se casó con ella al término de una travesía casi crítica. "Cuando nació nuestro primer hijo (Ricardo, en 1961; tienen también una hija, Beatriz, nacida dos años después), el padre de Irma nos perdonó y hasta vino a visitarnos." Sus recelos por la profesión de su yerno (no podía perdonarle que fuese escritor) desaparecieron cuando se convenció por sus propios ojos, de sus aptitudes para la albañilería: "Mi yerno no es un escritor cualquiera —gustaba repetir entonces—: también sabe estucar".

El país riojano

"La Rioja me lo dio todo —admite Moyano, con el silencioso asentimiento de Irma—: amigos, temas, tranquilidad." Allí fundó, en 1959, el diario *El Independiente*, del que más tarde se separó ("ellos tuvieron la primicia del premio; fueron los primeros en el país en publicarlo"); allí profesionalizó su vocación musical y publicó sus libros *El rescate* (1963) y *La lombriz* (1964); allí se convirtió en periodista (es corresponsal del diario *Clarín*, de Buenos Aires, desde 1961), la otra profesión que ocupa el tiempo de su vida. Pero algo más trascendente que esas penas biográficas lo ata al país de Quiroga: "Siento que aquí está mi casa que mi tarea es escribir sobre esta gente".

En ese momento, los ojos claros se le vuelven hacia adentro, mucho más que cuando narraba su historia, y la voz se le anota torrencialmente para contar el futuro. "Voy a escribir un *Fucundo* —anticipa—, una novela que me llevará años, en la que quiero poner todo eso". Todo eso es la histo-

* El jurado otorgó, además, dos menciones: a *Los suicidas*, del mendocino Antonio di Benedetto, y a *Una felicidad con menos para*, de Graciela Gámbare.

na y la leyenda, el pasado y el presente de La Rioja, El Chacho revengando caballos para vengar a su hija violada por el tuerto Bárcena; San Francisco Solano conteniendo a los indios a costa de la humillación de San Nicolás ("todavía se celebra esa tradición; los indios se disfrazan de indios, para contar cómo sus antepasados se abararon contra San Nicolás, que era el santo oficial de los españoles. Porque acá el tiempo no es más que un accidente"); un adolescente desconocido que encuentra la muerte en la guerra del Paraguay, después de descubrir que el mundo está lleno de rostros ajenos, "y el soldado que lo mata tiene al fin una cara como la suya, luego de que las marchas por la pampa húmeda le habían hecho olvidar el rostro de los riojanos".

Acaso ese adolescente sea el propio Moyano; el protagonista de su primera novela (*Una luz muy lejana*, Sudamericana, 1966) busca en todas partes "el verdadero rostro del mundo", una ansiedad metafísica que los accidentes no colmaban. Como para Ismael (el personaje), para Moyano el mundo es pequeño y profundo: hasta enero de este año, cuando viajó a Montevideo, no había salido del país. Y parece no necesitarlo. En compañía de su mujer, proyecta ahora una gira por el interior de La Rioja, "para tocar las mismas cosas y respirar los mismos aires" que habitarán su novela. El mundo lo deja para después, porque "alguna vez me invitarán, ¿no le parece?" ♦

ideas pol
desataron
versia m
acerca de
tivos mo
latinoame

"Hace
años, un
fervor lo
ton, mori
en un h
cido de
una cam
de poem
naria sin
rora y c
vida hab
tercamen
provincia
que vivie
en una c
jaba a E
die sabe
barcado,
vertido e
muerto, s
gar de ce
los cañon
ñola bor
y, en to
ido horro
moria de
suerte de

No me
hayan da
de su ú
bliotecas
poemas,
muy pro
en viera



El autor de *El oscuro*. A la derecha, recibe el Premio de manos de Dalle Nogare; detrás, López Mauas.

ARTES Y ESPECTACULOS

Los trabajos y los días de Daniel Moyano

La semana pasada, cuando le tocó recibir el Premio de Novela Primera Plana-Sudamericana*, en el salón Primavera del Plaza Hotel, tenía ya los ojos arrasados de sueño, y la sonrisa se le dibujaba en el rostro, inmutable como un afiche: "No sé cuántos días hace que casi no duermo —murmuro—: desde que llegó el telegrama a La Rioja lo estamos celebrando".

En la tarde del día siguiente, Daniel Moyano —el destinatario de esas manifestaciones— aceptó la mesa de un bar, una ginebra doble y la intimidad, para confesarse: para rastrear, en todo caso, las memorias que lo llevaron a *El oscuro*, una novela que él no siente como una culminación, sino como el comienzo de la aventura. Los preparativos para esa aventura están, sin embargo, ocupados por cuatro libros y 37 años; algunas devociones los han enriquecido; unas pocas expectativas los mantienen alertas.

Vivir para contar

"Nací el 6 de octubre de 1930, en Buenos Aires, pero según mis documentos nací en Córdoba un año antes —los ojos se le achican en una sonrisa, y las manos procuran ayudar a la historia: en realidad, apenas si la acarician para que la confesión no sea tan explícita—. Mi madre era brasileña, de Minas Geraes, y muy religiosa: no quiso que mi padre me anotase en el Registro Civil, porque decía que yo ya estaba anotado en el cielo. Hasta los 17 años anduve así, sin registro en la Tierra." No sería ése el único contratiempo que le daría la infancia, pasada en Córdoba ("de tío en tío: aunque había algunos de fortuna, a mí siempre me tocaron los tíos pobres"), la provincia que terminó por adoptarlo: a los diez años se cansó de ese peregrinaje, y mandó una

carta por su cuenta a la Dirección de Menores, para que alguien se hiciese cargo definitivamente de su vida.

Lo sacaron de la casa del tío de turno ("medio enloquecido, sin duda, por el sufrimiento y las privaciones") y lo sumergieron en el reformatorio, con una nota de recomendación para que se le diese trato de huérfano y no de delincuente, "pero el director estaba de vacaciones y yo no supe a quién entregar la nota". Allí se estuvo, no sabe cuánto tiempo, hasta que los abucios maternos lo rescataron, para perderlo cuatro años después: "Me fui de las sierras a la ciudad de Córdoba —recuerda— y desde entonces viví solo". Tenía 14 años, no conocía la escuela y no llevaba consigo ningún documento para explicar quién era.

Así transitó pensiones y oficios (constructor de obras sanitarias, instalador de supergás, obrero metalúrgico) y el tiempo y las fuerzas le alcanzaron para descubrir la música, una vocación que no lo abandonaría: desde 1961 forma parte del Cuarteto Estable de la provincia de La Rioja, un conjunto de cámara en el que fue designado por concurso. El ejercicio de la viola (su instrumento) no sólo es para él una fuente de alegría: también parece haberle ayudado en la composición literaria ("Roa Bastos me preguntó si yo era músico, sin saberlo, después de leer mis cosas"). Para 1958, Córdoba había terminado por asfixiarlo: llevaba una década escribiendo cuentos que siempre le parecían impublicables, y el año anterior había ganado un concurso organizado por Editorial Assandri, con su colección de relatos *Artistas de variedades* (publicado en 1960 con ese sello).

Un amigo riojano "me entusiasmó entre vino y vino, ofreciéndome la secretaría de prensa de la Gobernación de La Rioja: 'Es mucho puesto para mí —le dije—, conseguí uno de ordenanza', pero él insistió en que fuera no más de Secretario". Cuando llegó a La Rioja, el nombra-

miento no existía, y tuvo que conformarse con una curiosa designación como "agente de policía adscripto al consejo editorial del Estado", que le permitía sobrevivir moderadamente.

Pero en Córdoba había quedado Irma; su actual mujer (ahora se miran por sobre una taza de café, y ninguno de los dos se decide a contar la historia), habitante del pueblo de Morteros, un caserío de donde Moyano fue rechazado por el padre de ella "poco menos que a balazos". En convivencia con la Defensora de Menores, desde su exilio riojano, Moyano planeó y perpetró el rapto de Irma, "que me costó doce mil pesos de taxi, prestados por la defensora", y se casó con ella al término de una travesía casi trágica. "Cuando nació nuestro primer hijo (Ricardo, en 1961; tienen también una hija, Beatriz, nacida dos años después), el padre de Irma nos perdonó y hasta vino a visitarnos." Sus recelos por la profesión de su yerno (no podía perdonarle que fuese escritor) desaparecieron cuando se convenció por sus propios ojos, de sus aptitudes para la albañilería: "Mi yerno no es un escritor cualquiera —gustaba repetir entonces—: también sabe estucar".

El país riojano

"La Rioja me lo dio todo —admite Moyano, con el silencioso asentimiento de Irma—: amigos, temas, tranquilidad." Allí fundó, en 1959, el diario *El Independiente*, del que más tarde se separó ("ellos tuvieron la primicia del premio: fueron los primeros en el país en publicarlo"); allí profesionalizó su vocación musical y publicó sus libros *El rescate* (1963) y *La lombriz* (1964); allí se convirtió en periodista (es corresponsal del diario Clarín, de Buenos Aires, desde 1961), la otra profesión que ocupa el tiempo de su vida. Pero algo más trascendente que esas pautas biográficas lo ata al país de Quiroga: "Siento que aquí está mi casa, que mi tarea es escribir sobre esta gente".

En ese momento, los ojos claros se le vuelven hacia adentro, mucho más que cuando narraba su historia, y la voz se le antoja torrencialmente para contar el futuro: "Voy a escribir un *Facundo* —anticipa—, una novela que me llevará años, en la que quiero poner todo eso". Todo eso es la histo-

* El Jurado otorgó, además, dos menciones: a *Los suicidas*, del mendocino Antonio di Benedetto, y a *Una felicidad con menos para*, de Griselda Gambaro.

ria y la leyenda, el pasado y el presente de La Rioja, El Chacho reven-tando caballos para vengar a su hija violada por el tuerto Barcena; San Francisco Solano conteniendo a los indios a costa de la humillación de San Nicolás ("todavía se celebra esa tradición; los indios se disfrazan de indios, para contar cómo sus antepasados se alzaron contra San Nicolás, que era el santo oficial de los españoles. Porque acá el tiempo no es más que un accidente"); un adolescente desconocido que encuentra la muerte en la guerra del Paraguay, después de descubrir que el mundo está lleno de rostros ajenos, "y el soldado que lo mata tiene al fin una cara como la suya, luego de que las marchas por la pampa húmeda le habían hecho olvidar el rostro de los riojanos".

Acaso ese adolescente sea el propio Moyano; el protagonista de su primera novela (*Una luz muy lejana*, Sudamericana, 1966) busca en todas partes "el verdadero rostro del mundo", una ansiedad metafísica que los accidentes no colmaban. Como para Ismael (el personaje), para Moyano el mundo es pequeño y profundo: hasta enero de este año, cuando viajó a Montevideo, no había salido del país. Y parece no necesitarlo. En compañía de su mujer, proyecta ahora una gira por el interior de La Rioja, "para tocar las mismas cosas y respirar los mismos aires" que habitarán su novela. El mundo lo deja para después, porque "alguna vez me invitarán, ¿no le parece?" ♦

ideas pol
desataron
versia m
acerca de
tivos mo
latinoame

"Hace
años, un
fervor io
ton, mori
en un h
cido de
una cami
de poema
naria sin
noro y e
vida hab
tercament
provincial
que vivía
en una c
jaba a Eu
die sabe
barcado,
vertido e
muerto, s
gar de ce
los cañon
ñola borr
y, en tod
ido borra
moria de
suerte de

No me
hayan da
de su ú
bliotecas
poemas,
muy pro
en viente

RT

TERID R.

